

La construcción del liderazgo: el papel de Cuauhtémoc Cárdenas en la formación de la Corriente Democrática

Moisés Domínguez Pérez*

INTRODUCCIÓN

En este ensayo se analizan algunos factores que determinaron el surgimiento del movimiento renovador más importante que ha vivido en su historia el Partido Revolucionario Institucional (PRI), esto es, la Corriente Democrática, sucedido en 1986, así como los procesos políticos que llevaron a que Cuauhtémoc Cárdenas fuera construyendo un liderazgo en torno al cual giraba la propia Corriente, constituyéndose así en una figura determinante en la elección presidencial mexicana de 1988, al participar como candidato de una coalición amplia de partidos y organizaciones en el llamado Frente Democrático Nacional.

El estudio analiza la situación del PRI desde la apertura política emprendida por el sistema político mexicano en 1977, particularmente en relación con las tensiones desatadas en su interior por el nuevo contexto electoral, las pugnas al interior de la “familia revolucionaria” por el proyecto económico emprendido por la tecnocracia gobernante y las luchas por la democracia partidista; todo ello como espacio de conflicto que alimenta

la formación de la Corriente Democrática la cual se analiza desde sus orígenes hasta el momento en que ésta decide salir del PRI y emprender el viaje sin retorno al postular como su candidato presidencial al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.

LAS TENSIONES INTERNAS DE LA “FAMILIA REVOLUCIONARIA”

Es común señalar que la adopción del modelo neoliberal por parte de la élite gubernamental a partir de 1982 generó, entre otras grandes transformaciones en los actores políticos, que la alianza gubernamental, mejor conocida como la “familia revolucionaria”, viviera cambios irreversibles que a la postre afectarían el principio mismo de su unidad. Esta visión da por sentado con ello que el principio de su ruptura fue dado básicamente por las enfrentadas visiones del proyecto económico.

No obstante, esta visión deja de lado el hecho de que las tensiones dentro de la

*Licenciado en Sociología por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Director de enlace del Instituto Mexicano de la Juventud.

“familia revolucionaria” comenzaron antes de que el modelo neoliberal se instaurara como un modelo de desarrollo, es decir, los problemas comenzaron no en 1982 con la llegada de la tecnocracia al poder, representados por Miguel de la Madrid, sino comenzaron con la reforma política de 1977.

Durante las Audiencias Públicas para la Reforma Política que organizó en aquel año la Comisión Federal Electoral, el representante del Partido Revolucionario Institucional (PRI), licenciado Carlos Sansores Pérez, expuso la postura de su partido ante la reforma: el Revolucionario Institucional se mostraba dispuesto a apoyar “una reforma que flexibilizara el registro de nuevos organismos políticos con el solo propósito de resolver el «verdadero» problema de la insuficiente representatividad de las minorías que disienten de las mayorías”.¹ Como señalan Rafael Loyola y Samuel León, la postura del PRI mostró cómo la dirigencia del mismo no concebía las transformaciones que traería la reforma para la estructura interna del mismo partido. Los autores precisan:

El Revolucionario Institucional enfrentó con recelo, reservas y poco ánimo de transformación interna un proceso de reforma política emprendido desde el Ejecutivo. En opinión del partido oficial, el problema manifestado a lo largo de los 10 años previos en los que actuaban nuevas fuerzas sociales al margen de las instancias políticas institucionalizadas, con grandes costos sociales y amenazando en ocasiones la estabilidad política y social, se podría resolver con una reforma electoral limitada que solamente permitiera la expresión y participación de las “fuerzas minoritarias”. Este tipo de

reforma no tenía contemplado afectar los ejes del sistema político imperante y menos atentar contra el dominio de las clientelas cautivas, concentradas en organizaciones sectoriales, y en su relación privilegiada con el aparato público.²

Los altos dirigentes del partido oficial no contemplaron que la función del mismo se transformaría al abrirse nuevos espacios de representación para la participación política de los ciudadanos. Como afirma Ignacio Marván, el hecho de que se transformara el sistema político diseñado desde 1938 con el fin de encauzar dentro de la estructura partidaria toda la participación política, impactaría en la estructura y función del PRI, pues “la reforma de 1977 pretendió desplazar hacia los partidos políticos y los procesos electorales la responsabilidad de la representación política y de los nuevos componentes sociales”.³

En esta transformación el PRI comenzaría por asumir dos funciones de carácter diferente, “por un lado la de incorporar y manejar la red de agrupaciones clientelares adscritas a los sectores y las organizaciones del partido y, por el otro, la de responsabilizarse de los procesos electorales, para proporcionarle al régimen la legitimidad electoral”.⁴ No obstante, estas funciones que buscaban darle consenso y legitimidad al régimen no pudieron ser cumplidas por el aparato partidario dado que las prácticas de control corporativo ejercido por los sectores del PRI se contradecían con un contexto de alta urbanización y modernización de la sociedad: de ahí que un obstáculo fundamental para adecuar al PRI en un nuevo espacio de competencia pasaba por la transformación de su estructura sectorial.

Las oposiciones de los políticos que tenían su espacio de poder en el control secto-

rial se manifestaron de manera inmediata y pública en el año de 1978 durante la realización de la IX Asamblea Nacional del PRI. El sector obrero, a través de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) promovió el apuntalamiento de los sectores en el partido como estrategia para enfrentar la reforma política, a contracorriente de otros sectores del gobierno que veían con buenos ojos la superación del carácter sectorial del PRI.

Esta serie de conflictos empezaron a ser importantes, sobre todo por el carácter público que comenzaron a tener y por que empezaron a configurar posiciones difícilmente reconciliables dentro de la “familia revolucionaria”.

Además, a la serie de conflictos que dentro de la alianza gubernamental se dieron por las prácticas y los objetivos políticos que sustentaban los distintos grupos, se sumarían las críticas abiertas a las medidas de carácter económico que comenzaba a implementar la burocracia gubernamental. Nuevamente fue la CTM la punta de lanza que mostró abiertamente por parte del sector obrero la inconformidad de algunos grupos de la “familia revolucionaria” con esa política.

En junio de 1978, esta Central organizó la Reunión Nacional para la Reforma Económica, con el fin de plantear una postura alternativa ante la política económica que comenzaba a tener tintes neoliberales.⁵ En las conclusiones de la Reunión, la CTM afirma que en definitiva “la política económica de las últimas décadas ha estado orientada en lo fundamental a favorecer la acumulación privada de capital a través de un modelo de crecimiento económico que ha conducido al empobrecimiento de las mayorías, a un carácter monopolista de la producción y, por tanto, a una concentración extrema de la ri-

queza y a una dependencia creciente del exterior. Tal modelo de crecimiento se ha basado en un modelo de industrialización encaminado a obtener altas ganancias, orientado a satisfacer la demanda de los estratos medios y altos, postergando para un futuro incierto la satisfacción de las necesidades reales de la población y el desarrollo de otros sectores de la economía”.

A esto agregaría en 1979 la diputación obrera del PRI en su *Manifiesto a la Nación* “el poderío en ascenso del capital monopolístico interno y externo representan ya amenazantes expectativas para la nación y en particular para el poder público, que se encuentra desde hace tiempo sometido a la continua y redoblada presión de los grupos minoritarios del poder económico. Es necesidad vital para la nación y para el pueblo de México cerrar el paso a la ofensiva de tales fuerzas oligárquicas, ofensiva que se hace sentir tanto en el campo de la economía como en el de la política”.⁶

Al respecto, Carlos Pereyra señalaba acertadamente que “estos planteamientos no son novedosos en sí mismos (e incluso) a los altos especialistas pueden parecerles muy trillados. No debe pasarse por alto, sin embargo, además de la infrecuente claridad de la formulación, el peso social derivado del carácter de la organización que lo sustenta. El hecho de que semejantes tesis ya no sean sostenidas sólo por algunos economistas y por la oposición de izquierda, sino también por el principal organismo sindical del país, vinculado por lo demás al partido gobernante, les confiere una significación política incomparablemente mayor y muestra hasta donde se ha generalizado y socializado el convencimiento de que ése es el contenido básico de la política económica oficial”.⁷

El *Manifiesto* obrero muestra claramente que los problemas tanto de carácter económico como político eran igualmente conflictivos en las relaciones entre los grupos gubernamentales; la discusión estaba no sólo en el nuevo proyecto de país que se estaba instrumentando sino también en quienes lo estaban dirigiendo y su relación con el PRI.

Para 1982 el conflicto entre los grupos de la alianza gubernamental comenzaba a tomar puntos claros de definición. La crisis económica trajo consigo problemas concretos en torno a los cuales los grupos en pugna se alineaban. La nacionalización de la banca en septiembre de 1982 fue uno de ellos, como su posterior desnacionalización en 1983, así como los programas de “reordenamiento” económico que se sucedieron a lo largo del sexenio. Las pugnas dejaron de estar en torno a cuestiones abstractas como “el proyecto nacional” y cobró solidez a lo largo de múltiples definiciones políticas y económicas y medidas gubernamentales que se tomaron en el sexenio.

En parte, una de las causas profundas que desembocó en la formación de la Corriente Democrática al interior del PRI y a su posterior salida, se deriva de la pugna entre esos sectores de la alianza gubernamental, la cual se dio entre tecnócratas y políticos a partir de 1982.

TECNÓCRATAS Y POLÍTICOS: LA DISPUTA POR LA CONDUCCIÓN DEL PAÍS

Como señala José María Calderón:

La expresión “tecnocracia” ha permitido distinguir al estrecho grupo de Miguel de la Madrid que ocuparon posiciones clave

en la administración pública federal a partir de 1982 (...) Los tecnoburócratas se distinguían de los políticos de profesión que desde los años cuarenta habían protagonizado los procesos políticos del país en posiciones dirigentes del partido del gobierno y en los altos puestos de la administración pública federal y estatal, por su supuesta competencia técnica en las áreas de la economía y de la administración, avaladas por títulos de posgrado obtenidos preferentemente en universidades estadounidenses y por haber hecho sus carreras en el ámbito de la burocracia federal en puestos de confianza (de asesorías y *staff* o bien en los rangos medio superiores y superiores...) y no a través de cargos de representación popular.⁸

El estilo de hacer política de la “tecnoburocracia” también los distinguió de los “políticos profesionales”, ya que sus decisiones eran el resultado de las necesidades técnico-administrativas del “Plan (en este caso del Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988) y no del resultado de negociaciones, componendas y arreglos entre fuerzas sociales y políticas reales”.⁹

Los portadores del “pensamiento tecnocrático”, como señaló desde inicios de la década del setenta Arnaldo Córdoba, aparecieron en México en los cuarenta. A partir de los cincuenta comenzaron a “influir en los círculos gobernantes para llevar a cabo un cambio sustancial en la política del desarrollo” y para comienzos de los setenta pasan de ser “simples consultores a ocupar los puestos políticos más importantes”.¹⁰

No obstante, es importante hacer una distinción entre el “pensamiento tecnocrático” de los setenta del de los ochenta.

- a) En primer lugar, lo que en los setenta no es más que una “corriente de pensamiento”, como le llama Córdoba, para los ochenta se comporta casi como grupo, el cual a pesar de no actuar orgánicamente, si se desarrolla bajo principios y fines de acción política comunes que le otorga un programa neoliberal; en este sentido,
- b) a diferencia de la definición de Calderón, que fundamenta la distinción entre tecnócratas y políticos en su estilo de hacer política, el cual como señala Cordova ya estaba en el “pensamiento tecnocrático” anterior;¹¹ la característica de los tecnócratas de los ochenta es que actúan con base en un programa asumido como proyecto de nación que es el que postulan las agencias internacionales de desarrollo, como el Fondo Monetario internacional o el Banco Mundial.

No obstante la “justificación” tecnocrática de que sus decisiones parten de las “necesidades objetivas”, en realidad siempre, al igual que los políticos, han hecho política, aunque los tecnócratas de los ochenta a diferencia de sus antecesores tengan como sujetos primordiales de la negociación, componenda y arreglo a los empresarios y a las agencias internacionales mencionadas, y no a los sectores obrero campesino y popular del partido oficial.

A partir de 1982 la tecnocracia en el poder intentó en los hechos y por encima de su discurso, renunciar a los postulados del nacionalismo revolucionario, el cual fue reivindicado constantemente por amplios grupos de la alianza gubernamental.¹² Como señala Roger Bartra, la tecnocracia intentó “desalojar la política nacionalista tradicional de tres sectores clave de la economía: la agricultura, la extracción petrolera y la inversión extranjera. Este proceso ha intentado asaltar a tres grandes bastiones del nacionalismo revolucionario: el agrarismo, el populismo sindical y el proteccionismo, para imponer una perspectiva «moderna» a la política económica”.¹³

Este enfrentamiento generado por la transformación violenta de los principios organizativos de la sociedad mexicana, en el seno de la familia revolucionaria, significó la erosión apresurada de las bases de control político de diversos grupos de la propia “familia”. Así, ante la embestida de una nueva racionalidad capitalista, sustrato fundamental de la reconversión industrial impulsada por el grupo del presidente De la Madrid, esa “racionalidad corporativa, inaugurada por Obregón, perfeccionada y consolidada en la época de Cárdenas”,¹⁴ comienza a verse “desfondada”.

El aparato burocrático-corporativo sindical, así como el aparato burocrático-urbano de control campesino, comienzan a vivir una contradicción entre su función de control y consenso y la que el proyecto neoliberal les empieza imponer. Esas estructuras “que protegen la ineficiencia, la indisciplina y la baja productividad –mucho más cuando no pueden ofrecer aumentos en los salarios o en los ingresos campesinos–”,¹⁵ son cuestionadas frontalmente por la nueva racionalidad capitalista que busca la productividad y la eficiencia por encima de la protección al trabajo y por medio de una remuneración salarial baja. De esta forma, el enfrentamiento entre el proyecto estatal y los sindicatos de la propia alianza gubernamental comienza a rebasar los límites de una pugna entre los grupos de elite de la propia alianza gubernamental: las dirigencias de las estructuras de control corporativo comienzan a verse amenazadas por sus bases, puesto que ya no son capaces de garantizarles no digamos ya mejores expectativas de vida, sino mantener las que disfrutaban.

Como afirma José María Calderón, si la tecnoburocracia no pudo eliminar a las corporaciones con el fin de hacer plenamente

operativo su proyecto de modernización, fue porque no tenía un proyecto para el control de orden político que ellas cumplen, esto es, "su costo económico aún (era) más bajo que el costo político en términos de estabilidad y paz social".¹⁶

No obstante, aun y cuando la alianza se mantuvo en el nivel formal y aunque se pretendió que la nueva racionalidad "modernizadora" llegara a desbaratar la racionalidad corporativa en el plano económico sin deshacer la estructura de control político, en realidad éste último fue profundamente afectado, sin que sus dirigentes se dieran cuenta de ello.¹⁷

Esta situación indudablemente repercutió en la dimensión de la estructura partidaria. Por un lado, los grupos que encabezaban las estructuras de control corporativo al tratar de contener la embestida de la nueva racionalidad capitalista intentaron, con relativo éxito, que la pérdida de su injerencia en los miembros de las organizaciones no se trasladara también a sus cotos de poder dentro del PRI, en donde la estructura de representación se seguía proyectando a través de los tres sectores, es decir, el campesino, el obrero y el popular.

Así, en medio de los intentos de renovación partidaria iniciados en 1983 a raíz de las derrotas electorales en ciudades clave como Chihuahua, Durango, San Luis Potosí y Guanajuato, en la XII Asamblea Nacional de 1984, nuevamente el sector obrero fue el que manifestó abiertamente su oposición al desplazamiento de sus grupos de los puestos de representación.

La CTM mantuvo su postura conservadora de oponerse a reformas en la declaración de principios y en la definición del partido, para en cambio, acceder sola-

mente a modificaciones en los medios y métodos de acción; esta organización gremial refrendó su vieja postura de consolidar al partido en su estructura sectorial, reafirmando la participación de los sectores en la definición de política del mismo.

Con este objetivo la CTM propuso la reducción del Comité Ejecutivo, así como la integración de las asambleas y consejos con la sola participación de los tres sectores; además su limitada noción de democracia sólo llevó a plantear y limitar la elección directa de los candidatos propuestos solamente por los sectores.¹⁸

Como se puede ver, la postura cetemista es de oposición a intentos de transformar al partido a través del desplazamiento de los sectores. De hecho, la última demanda señalada líneas arriba es un intento frontal de impedir el acceso a puestos de elección popular a tecnócratas principalmente, dado que ellos dentro de la alianza gubernamental eran los únicos, tal vez además del ejército el cual es un caso aparte, que no pertenecían formalmente a un sector.

No obstante, en el mismo espacio partidario es donde comienzan a mostrarse la diversidad de posturas que se oponen al predominio del grupo tecnocrático. En la misma Asamblea Nacional de 1984, miembros del sector popular se presentaron más flexibles a la transformación estructural del partido, sin embargo su lectura de los problemas de legitimidad que empezaba a enfrentar el propio PRI, era que éstos se debían fundamentalmente a cuestiones de democracia interna, visión que los grupos obreros no compartían. Para el sector popular, "las deficiencias y dificultades del partido empezaron (por)... la crisis en los procedimientos de selección de candi-

datos, al igual por la inexistencia en su interior de una vida democrática... sin embargo todavía no se manifestó ningún cuestionamiento a su estructura (del partido), al manejo político interno, a sus relaciones con el gobierno ni al programa".¹⁹

Esto último es significativo, puesto que la manifiesta contradicción entre la labor gubernamental y las funciones del partido no era aun motivo de deliberación en el espacio partidario. La contradicción entre partido y gobierno era vista básicamente a partir de las acciones y fines que por separado reivindicaba cada uno. El PRI dirigió sus trabajos a desplegar una política de apoyo a la economía popular fomentando el establecimiento de tiendas populares, sindicales, unidades móviles, cooperativas de consumo y centros de abasto popular. Asimismo, desplegó acciones para proteger el poder adquisitivo de los sectores populares, mejorando sus hábitos de consumo y además denunciar acaparadores y la violación de precios oficiales.²⁰ Esto es, el PRI se dedicó tímidamente a tratar de amortiguar los efectos negativos de una política económica antipopular. Más allá de reivindicar las esperanzas de que una vez pasada la crisis se comenzarían a ver los beneficios del "ajuste económico", el PRI no cuestionó a fondo la política económica que se impulsaba desde el gobierno.

Como señala Sergio Zermeño, era como si "la alta burocracia gobernante se dedicara a gestionar las salidas para el desarrollo económico y la crisis (pagar la deuda, sanear el presupuesto público, acordar con el FMI, relanzar la economía, integrarla al mercado mundial y en especial al norteamericano), mientras el partido debiera encargarse del consenso (crear corrientes de opinión, ganar elecciones, organizar la defensa de la nación

frente a los acuerdos injustos con los centros de la economía mundial...). Los roles contradictorios de todo Estado capitalista moderno (desarrollo económico-consenso distributivo) parecen ser portados por actores distintos..."²¹

Es importante señalar que aunque esa disputa de amplias repercusiones para el conjunto de la sociedad aparecía de manera central frente a la opinión pública, en realidad no era la única disputa de grupos y sectores de la alianza gubernamental en contra del grupo tecnocrático. Las respuestas que se gestaban desde otros espacios, buscaban trascender la contradicción que permeaba la crítica del sector obrero, la cual buscaba evitar la instrumentación de la nueva racionalidad capitalista emprendida por el gobierno que defendía al tiempo que controlaba políticamente a los sectores sociales a través de una estructura antidemocrática en el PRI. Como veremos enseguida, para 1985 se estaban gestando diferentes alternativas de respuesta al proyecto neoliberal y a sus instrumentadores.

EL SURGIMIENTO DE LA CORRIENTE DEMOCRÁTICA: LA LUCHA CONTRA LA TECNOCRACIA, POR LA DEMOCRACIA PARTIDARIA Y POR LA SUCESIÓN PRESIDENCIAL

Según María Xelhuantzi López,²² "los primeros indicios de lo que más tarde se denominaría Corriente Democrática o Corriente Democratizadora del PRI se remonta a mediados de 1985, entre los meses de junio y julio. En ese periodo se llevaron a cabo de manera informal y casi circunstancial, algunas reuniones pioneras de análisis y discusión de los problemas del partido y del país".²³ La particulari-

dad de esas reuniones iniciales era que asistían principalmente cuadros destacados en sexenios anteriores, como Porfirio Muñoz Ledo, aún embajador de México en la Organización de Naciones Unidas, Rodolfo González Guevara, embajador en España, Ifigenia Martínez, Carlos Tello y Cuauhtémoc Cárdenas, quien aún fungía como gobernador del estado de Michoacán, entre otros.

Si bien pudiera parecer que estas reuniones iniciales tuvieron un ánimo espontáneo, en realidad los primeros dos personajes han sido señalados como los promotores iniciales de la Corriente.²⁴

Segun Xelhuantzi López, el denominador común de esas primeras reuniones era “una inquietud, mezcla de preocupación e *impotencia*, por la difícil situación nacional en lo económico, las amenazas crecientes para la soberanía, la deuda externa, el empobrecimiento de los mexicanos, los costos sociales de la política general y el deterioro del Partido Revolucionario Institucional”.²⁵

Por su parte, Luis Javier Garrido ubica como denominador común entre los primeros participantes de la Corriente, el papel secundario que estaba desempeñando el partido frente a la crisis:

Las personalidades inconformes con la política del gobierno delamadrista no cuestionaban en un principio el hecho de que el PRI fuese una organización de Estado, sino *el papel que se le había venido asignando en los cuatro años anteriores*, como un organismo carente de vida propia, reducido a legitimar las nuevas políticas gubernamentales.²⁶

Además, según el mismo autor, los miembros del grupo parecían estar de acuerdo en un punto fundamental: “el problema más ur-

gente del país era el político, y sin solucionarlo no se podría atacar eficazmente el económico”.²⁷

Aunque de estas reuniones tuvo conocimiento la opinión pública nacional casi un año después, las posturas que se estaban configurando en ella se pueden ver en declaraciones públicas de algunos de sus participantes destacados, como por ejemplo Cuauhtémoc Cárdenas.

El 30 de agosto de 1985, el entonces gobernador de Michoacán participó en un evento de índole académico en el que se analizaría la historia de la región occidental del país. En él, Cárdenas afirmó que la “Revolución Mexicana había sido desviada de su camino a partir de 1941, al predominar en la conducción del país otras corrientes ideológicas. Habló de que desde entonces se habían dado retrocesos que quedaron marcados en la orientación del Estado a través de reformas a los artículos constitucionales como el 3, el 27 y el 123. De igual manera criticó los cambios que se han realizado en la declaración de principios del PRI”.²⁸

El tono de estas declaraciones, hechas por un miembro prominente de la alianza gubernamental a un año de abandonar su cargo, dan muestra de que los discursos alternativos al impulsado por la élite tecnocrática no sólo provenían del sector obrero.

Las reuniones de lo que sería la Corriente comienzan a cobrar un carácter más permanente al regreso a México de Porfirio Muñoz Ledo en octubre de ese mismo año, quien jugó un papel clave como articulador de distintas personalidades, que incluso no se conocían entre sí. No obstante, hasta la primavera de 1986, todo son pláticas informales en las que se compartían inconformidades, más que un proyecto.

Un acto realizado el 21 de mayo de 1986 muestra como empiezan a darse convergencias de miembros de la alianza gubernamental con sectores de la oposición en torno a uno de los principios del nacionalismo mexicano que muchos veían amenazado y que fue ampliamente reivindicado por la Corriente: la soberanía nacional.

La llamada Marcha en Defensa de la Soberanía Nacional buscaba un “acto de desagravio” al pueblo de México por las ofensas infringidas, pocos días antes, en las declaraciones del senador norteamericano Jesse Helms sobre la política mexicana y los presuntos fraudes realizados en los procesos electorales de nuestro país. La Marcha fue promovida inicialmente por un grupo de periodistas de distintas tendencias unidos en torno al periódico *Punto*,²⁹ quienes lograron que la convocatoria se hiciera a políticos, intelectuales y organizaciones sociales y políticas que congeniaran con la idea.

El resultado fue una amplia movilización en la cual participaron múltiples personas que reflejaron el amplio espectro político que se daba cita: estuvieron Pablo González Casanova, Jesús Salazar Toledano, gobernadores como Mariano Palacios Alcocer y Pedro Joaquín Coadwell, María Esther Zuno de Echeverría, Fernando Benítez, Héctor Aguilar Camín y Carlos Monsiváis entre muchos otros; encabezando la marcha aparecieron Porfirio Muñoz Ledo, Cuauhtémoc Cárdenas, Gonzalo Martínez Corbalá, Armando Labra, Arnoldo Martínez Verdugo, Pablo Gómez, José Carreño y Heriberto Galindo, así como Rolando Cordera, Celso Humberto Delgado, Juan José Bremer, los hermanos Martínez de la Vega, entre otros.

En un ambiente político como éste, a la distancia resulta sorprendente que se desconfiara en principio de la sola existencia la

Corriente Democrática a lo interno del PRI. Esto habla de la baja capacidad del partido oficial para renovarse y para aceptar siquiera la existencia de grupos no organizados desde la burocracia gubernamental.

Fue el 14 de agosto de 1986, cuando en información aparecida en el diario *unomás uno* se da a conocer a la opinión pública la existencia de una Corriente Democratizadora dentro del PRI.

El que de manera inesperada para los miembros de la Corriente se diera a conocer su existencia generó a lo interno un proceso de definición del grupo, pues como señala María Xelhuanzi, “el momento en que se dio la noticia y quizá la intención de interrumpir con ello las reuniones, propició que la mayoría de los funcionarios y políticos en activo que habían estado asistiendo a ellas se asustara y comenzara a desertar de su participación. El temor a las listas negras y a las represalias fue una reacción bastante comprensible en dichas personas, (sin embargo) al desertar los cuadros, la Corriente quedaba convertida cualitativamente en un movimiento de bases, lo cual aumentó su legitimidad real en el partido”.³⁰ Más allá de esta interpretación un tanto exagerada, el hecho es que ante su salida a la luz pública, la Corriente tuvo que afinar sus propuestas para a dar a conocer al interior de su partido y ante la opinión pública los motivos de su acción.

Es de destacar que ante el hecho de aparecer ante la opinión pública de manera no planeada, algunos miembros de la Corriente aclararan que la conformación de ésta no significaba desobediencia ni rebeldía, pues no pretendían reformar la declaración de principios ni atentar contra la unidad priísta, buscando evitar con ello reacciones fuertes en su contra.³¹

Las reacciones en torno a la existencia de la Corriente son demostrativas de lo difícil que era para la estructura partidaria y en general para la mentalidad priísta asimilar una crítica que no viniera de lo más alto de la jerarquía. Así, mientras algunos pretendieron minimizar el posible impacto de la demanda la Corriente de democratizar al PRI, otros censuraron su existencia.

Por un lado, Jesús Salazar Toledano, destacado miembro del PRI, declaró: “en caso de que existiese efectivamente una promoción democratizadora de este grupo, se trataría, sin duda, de otra más de las contribuciones que a diario recibimos para enriquecer y profundizar nuestros procedimientos internos”.³²

Ejemplo de la segunda posición es la que expresó, por ejemplo, Fidel Velázquez, líder de la CTM, quien criticó duramente a la Corriente, puesto que “atenta contra la unidad revolucionaria y puede debilitar al Estado mexicano”.³³

CUAUHTÉMOC CÁRDENAS: DE DIRIGENTE A LÍDER

En este inicio “público” de la Corriente, la figura de Cuauhtémoc Cárdenas empieza a aparecer en la opinión pública de manera reiterada ya no como la del gobernador, sino como la del dirigente de la Corriente Democrática. Incluso antes del término de su mandato en Michoacán (15 de septiembre de 1986), Cárdenas empieza a cobrar un papel destacado como dirigente, aunque aún no tiene el papel central que posteriormente desempeñaría.

Aún como gobernador, el propio Cárdenas intenta evitar que en los medios de comunicación se trate de personalizar a la Corriente, pues se le empezaba a etiquetar como

“corriente cardenista”; por el contrario, busca que se vea su participación como la de un “militante más”, que esta empeñado en la renovación partidaria como objetivo principal. El todavía gobernador de Michoacán señalaba:

En varias ocasiones he manifestado que no hay cardenismo y no creo que deba calificarse como tal a esta corriente de avanzada dentro del partido (...) el PRI debe hacer una revisión exhaustiva de los principios y su programa de acción, que en algunos casos se han desviado de los postulados de la Revolución mexicana”.³⁴

Esta táctica inicial de rechazar vinculación alguna de la actividad de la Corriente con el cardenismo, fue muy certera puesto que la legitimidad de su acción la centraban en la reforma del PRI, alejando con ello críticas que desde ese momento vincularon el movimiento de la Corriente a las expectativas de ascenso político del propio Cuauhtémoc Cárdenas, dada la influencia de su familia en la historia del país.³⁵

La táctica de la Corriente Democrática a finales de 1986 se centró en el contacto con las bases, pues su futuro político, como movimiento de cuadros dirigentes que era hasta ese momento, iba aparejado del acercamiento que tuvieran con ellas, pues en la respuesta que éstas dieran se encontraba la legitimidad para disputar los espacios partidarios.

Un papel fundamental en la relación de la Corriente con las bases priístas lo desempeñó el propio Cárdenas, pues de todos los dirigentes que confluían en la Corriente, sólo él contaba en ese momento (estaba dejando el cargo de gobernador) con amplia capacidad de convocatoria de las bases priístas.

De aquí que no sea una casualidad que el Documento de Trabajo Número Uno de la Corriente, en el cual se sistematizaba por primera vez los puntos de confluencia para un Proyecto Nacional, se haya dado a conocer en Morelia, con el respaldo de 1,290 firmas de priistas de Michoacán, quienes se nucleaban en torno al Movimiento de Renovación Democrática. De esta forma Cárdenas tempranamente comenzó a desempeñar un papel fundamental dentro del desarrollo de la Corriente.

El Documento de Trabajo Número Uno, en cuyo membrete dice *Corriente Nacionalista y Democrática del PRI*,³⁶ es en principio una crítica tibia y subrepticia de la política gubernamental, pues se habla de los múltiples problemas que ha traído la crisis y sin hacer mención de quienes desde el aparato estatal la buscan enfrentar, proponen “coadyuvar a que la transformación del país se realice con un sentido progresista, mediante el ejercicio de una resuelta acción política en favor del proyecto constitucional y la movilización de las fuerzas sociales que sustentan a nuestro partido”.³⁷

Ante el señalamiento de los problemas nacionales en redefinición, como la soberanía nacional, la economía, la dependencia del exterior, el elevado abstencionismo electoral, etcétera; en los cuales no aparece la responsabilidad directa del gobierno federal, la Corriente considera “impostergable la definición de una nueva estrategia, *adoptada democráticamente* y concertada con los factores de la producción, que eleve y mejore las condiciones de existencia de las mayorías populares, fortalezca la economía nacional y aproveche en forma racional nuestros recursos. *El cambio que requerimos habrá de orientarse a la reconstrucción de las alianzas nacionales*, en las que se ha fundado el ejercicio de la soberanía, el progreso y la estabilidad del país”.³⁸

Aunque en el escrito la Corriente se pronuncia por una mayor participación ciudadana en la “adopción de decisiones fundamentales”, el medio que se postula para lograr sus objetivos es el PRI, al cual visualizan como el instrumento que una vez transformado permitirá conseguir los objetivos apuntados:

Trabajamos dentro de los amplios cauces de nuestro partido, identificado con las demandas y aspiraciones de sus bases. Deseamos contribuir con nuestra actividad política a la promoción de un vigoroso movimiento de renovación democrática.³⁹

El Documento de Trabajo Número Uno muestra cómo algunos de los principales móviles de los integrantes de la Corriente Democrática fueron no sólo la crítica de las medidas que se tomaron para enfrentar la crisis y la transformación del país, sino que también cuestionaban a quienes las tomaron, los objetivos bajo los cuales se guiaron y los criterios que siguieron. La alusión indirecta a la responsabilidad del grupo tecnocrático en la desnacionalización del país, la frustración de los miembros de la Corriente por no poder influir en las decisiones del país y la búsqueda de una redefinición del proyecto nacional con base en la conformación de alianzas, fueron cuestiones que se plantearon resolver en ese momento a través de la recuperación del PRI.

La Corriente vio en el espacio partidario el medio por el cual podía revertir los tres fundamentos de su acción: la marginación de las decisiones de que eran objeto, la implementación de una política contraria a los intereses nacionales y por último, pero no menos importante, la posibilidad de incidir en la sucesión presidencial de 1988.

Esto último se contempla en su propuesta de “proyectos de reforma política y de modificaciones a los procedimientos de trabajo del partido, que lo vigoricen mediante la participación más directa y permanente de las bases en las decisiones que les afectan, particularmente en la selección de candidatos a los cargos de elección popular en todos los niveles”.⁴⁰

Es importante señalar que la acción de la Corriente por influir en la sucesión no consistía en aquellos momentos en la postulación de un candidato propio, sino en la posibilidad de redefinir el cuadro de alianzas al interior de la “familia revolucionaria”, para que la sucesión se inclinara hacia el bando en pro del nacionalismo revolucionario. De aquí que el Documento plantee, enseguida de su demanda de una reforma en los procedimientos del PRI, su disposición “a luchar porque el tránsito constitucional que se acerca asegure al titular del Ejecutivo las mejores condiciones políticas para defender la integridad y la unidad de la nación, con el concurso pleno de todas las fuerzas sociales”.⁴¹

La Corriente había evolucionado de una postura inicial que se manifestaba contra el tapadismo, en la que no cuestionaba la capacidad de designación del presidente de la República sobre su sucesor,⁴² a una en la que buscaba sumar fuerzas dentro del partido para influir en el proceso de sucesión, aunque aun sin candidato propio.

De esta forma, la Corriente desarrolló una acción política intensa en pro de la “recuperación” del partido, el cual se hizo desde el uso de instalaciones físicas para dar a conocer sus posturas ante público de todo el país, hasta la discusión de los estatutos y la apelación a ellos ante las críticas de la dirigencia partidista.

Por parte de esta última y del gobierno, el intento de acabar con la Corriente fue desde las declaraciones iniciales que censuraban la existencia de las corrientes dentro del partido, hasta la cooptación de algunos de sus miembros.

En aquellos inicios algunos de los participantes de la Corriente se deslindaron inmediatamente de ésta, como el entonces senador Gonzalo Martínez Corbalá; otros dejaron de participar y guardaron silencio público. No obstante, es importante señalar que los intentos de cooptación de la Corriente no funcionaron, pues sus principales dirigentes continuaron en ella y conforme avanzaban los días se le incorporaban nuevos miembros.⁴³

La primera medida del gobierno para neutralizar a la Corriente fue el relevo de la dirigencia del PRI. En sustitución de Adolfo Lugo Verduzco entró Jorge de la Vega Domínguez, quien al igual que su antecesor inicia pláticas con los miembros de la Corriente, conminándolos a tres cuestiones fundamentales, “no atacar la política económica, no insistir en la desaparición del «tapadismo» (y) pedir que la corriente se desintegrara, participando en el trabajo político sus miembros pero a título estrictamente individual, no como grupo”.⁴⁴

Estas condiciones para permitir la participación de los miembros de la Corriente en el partido resultaron inaceptables para éstos, no sólo porque les despojaba de sus principales demandas, sino por qué buscaban acabar con la Corriente misma.

Los miembros de la Corriente no dejarían de pugnar a lo largo del país sobre todo por la renovación del partido, y a partir de ello, por la redefinición de un nuevo proyecto nacional y por la instauración de los mecanismos democráticos en la selección de candidatos del PRI para puestos de elección de todo nivel.

El 21 de octubre de ese 1986, Porfirio Muñoz Ledo participó con la ponencia “El PRI y la renovación política del país”, en una mesa redonda organizada por la dirigencia partidaria en Tepic, Nayarit. Con su intervención, Muñoz Ledo dio muestra de que la Corriente Democrática se integraría activamente a los trabajos del partido, pero desde una postura crítica hacia los procesos políticos que se desarrollaban en él.

En su ponencia, Muñoz Ledo hacía una larga apología sobre las bondades de la acción del PRI en la sociedad mexicana. Luego de mencionar la paz social y el desarrollo económico como sus mejores logros, cuestionó que en tiempos de crisis se pretendiera dar una salida autoritaria a las demandas de mayor participación en las decisiones del país. Así, cuestionó la idea autoritaria que afirmaba que “la apertura de los espacios democráticos dentro del partido y la movilización de sus bases favorecen a las fuerzas de derecha”.⁴⁵ No obstante que las críticas al grupo tecnocrático no son directas, sí tienen un tono mayor a las expuestas en el Documento de Trabajo Número Uno. De esta forma, afirmaba:

El adelgazamiento del Estado y de su cauda de dispendios, subsidios, proteccionismos y modalidades diversas de clientelismo y cooptación, señala también el término de una era política. *Podemos disentir de la aplicación indiscriminada antinacional o inequitativa de semejantes criterios*, pero no ignorar sus consecuencias objetivas ... no es admisible ya la sobrepolitización de la burocracia que sólo fomenta ineficiencia y desviación de recursos, como resulta inaceptable la supeditación impuesta a los ciudadanos, a las corrientes de opinión, a los representantes populares y a las

organizaciones gremiales, en tanto pretendidos apéndices de leviantes asustadizos.⁴⁶

Más adelante, en franca alusión al grupo tecnocrático, Muñoz Ledo plantea reconstruir alianzas en torno al proyecto de la Revolución Mexicana, para que desde el partido se controlara la gestión gubernamental:

El sometimiento de la expresión democrática a los dictados de los círculos burocráticos es opuesto a la ley y contrario a la necesidad imperiosa de liberar y armonizar las fuerzas sociales... El partido no es una sucesión de complicidades, sino una alianza de clases y corrientes históricas: si las tendencias concentradoras del poder económico y sus aliados dentro del aparato estatal logran acallar o uniformar la pluralidad vital de sus sectores y de sus militantes, la Revolución Mexicana acabaría en recurso retórico, apenas visible para enmascarar cualquier tipo de gobierno y cualquier variante del entreguismo... Revisar los documentos de la quinta reunión económica de la Confederación de Trabajadores de México es descubrir la coherencia de un proyecto alternativo, de inspiración nacionalista y popular, pero distante por desgracia de los programas adoptados por la administración ante la crisis... males tan endémicos y distorsiones tan acusadas invitan a remedios radicales. No se antojan más apropiados la renovación a fondo del partido y la prevalencia del sistema democrático sobre la acción gubernamental...⁴⁷

La búsqueda por rehacer alianzas con grupos afectados por la labor tecnocrática en pro de un proyecto alternativo a través de la

acción en el seno del partido, como se puede apreciar claramente, era una invitación de la Corriente que era vigente para fines de 1986. No obstante, esos sectores conservadores como la CTM, seguramente no se unieron a la Corriente, entre otras cosas, por la postura anticorporativa que los miembros de aquella planteaban; esta actitud anticorporativa se propugnaba no sólo para el conjunto de la acción política del país, sino particularmente para la democracia dentro del partido: a grandes rasgos, la postura de la Corriente era irreconciliable en el ámbito del partido con la postura del sector obrero principalmente, dado que aquella postulaba una acción al margen de los sectores, los cuales, como hemos visto, fueron el bastión defendido a capa y espada por el propio sector obrero.

Desde octubre de 1986 hasta marzo de 1987, ocasión de la XIII Asamblea Nacional del PRI, los miembros de la Corriente Democrática se integraran activamente al trabajo partidario; realizan giras de difusión de sus postulados a lo largo del país, y ante la opinión pública reivindicaran como demanda principal la renovación del partido. En esos meses, los contactos hacia fuerzas sociales y políticas exteriores al PRI son prácticamente nulos en contraposición a su intento de incorporar a su lucha a distintas fuerzas que confluían dentro del partido y que de alguna forma compartían sus objetivos. Para esos momentos los objetivos de la Corriente estaban dentro del PRI.

No obstante, la capacidad de asimilación de las demandas de la Corriente por parte de la dirigencia del PRI y de la élite gubernamental se mostró una labor demasiado compleja, no sólo porque ellas cuestionaban principios fundamentales del poder de éstos, sino también por su mentalidad autoritaria que les presentaba como imposible cualquier salida

que no fuera la disolución de la Corriente. Dicha incapacidad se mostraría en los mismos trabajos de la XIII Asamblea, a partir de la cual la estrategia de la Corriente varió de manera fundamental.

La aparición de miembros de la Corriente Democrática en los trabajos de la Asamblea, muestra cómo hasta cierto punto su labor se orientó a la instancia partidaria y cómo la dirigencia toleró hasta cierto punto su presencia. No obstante, la insistencia de los miembros de la Corriente en tópicos que los enfrentaban a la dirigencia, generó una respuesta dura por parte de ésta.

Fue Cuauhtémoc Cárdenas quien llevó a la Asamblea la posición de la Corriente en torno al problema de la democracia partidaria, el cual en el mismo año de designación del candidato del PRI significaba el principal punto de confrontación con la élite gubernamental y la dirigencia partidaria.

En su ponencia "El liderazgo del PRI ante los retos del México contemporáneo", luego de hacer un balance de la difícil situación económica que vivía el país y de un recuento de la creciente participación de la sociedad en las decisiones que les atañían directamente (pone de ejemplo la solución al conflicto en la UNAM dada tanto por los estudiantes como por las autoridades), Cárdenas postula que el PRI no debía quedarse a la zaga de la evolución democrática del país, pues para que recuperara su papel de vanguardia histórica era necesaria "la participación democrática de los militantes en la selección de los candidatos del partido a los cargos de elección popular en todos los niveles".⁴⁸

En el mismo texto, Cárdenas exigía la apertura del proceso de sucesión presidencial a todas las fuerzas partidarias, conforme lo permiten los estatutos: "esta asamblea, como órgano supremo de nuestro partido,

debiera determinar la fecha y modalidad con que habrá de celebrarse el Consejo Nacional que, conforme a los estatutos, acordará la expedición de la convocatoria para celebrar la convención que postule a nuestro candidato a la presidencia de la república. Resulta, por tanto, esencial el pronunciamiento que la asamblea formule respecto de las disposiciones relativas a la elección de delegados a la convención, a la fijación de un plazo adecuado para el registro de precandidatos, a las tareas preelectorales internas y a las campañas de proselitismo”.⁴⁹

La propuesta de Cárdenas fue rechazada por el pleno de la Asamblea y censurada de manera directa por el presidente del PRI en el discurso de clausura de la Asamblea. Jorge de la Vega sentenció:

Hay quienes confunden la apertura democrática con el desorden, sin tomar en cuenta que éste beneficiaría a las oligarquías y a pequeños grupos o individuos que sólo sirven a intereses particulares... Ante los sucesos electorales que se avecinan pueden surgir intentos para socavar nuestra cohesión y estructura... No toleraremos que se invoque la democracia que practicamos para trastocar nuestra actividad partidista. Todos los que de aquí en adelante no quieran respetar la voluntad de la inmensa mayoría de los priístas, que renuncien a nuestro partido y que busquen su afiliación en otras organizaciones políticas. En el PRI no tendrán cabida ni la quinta columna ni los caballos de troya.⁵⁰

Ante esta situación, y luego de la respuesta pública de Cárdenas en la cual rechazaba las amenazas, reafirmaba su apego a los principios y estatutos del partido y desconocía la legitimidad de la dirigencia y de que

posteriormente desistiera de todo intento de colaboración con la ella, esta última intentaría “renunciarlo”.

Finalmente Cárdenas reiteraría que no ha “renunciado ni renunciará”,⁵¹ logrando la adhesión a su figura por parte de otros miembros de la Corriente dentro del partido.

A partir de la XIII Asamblea los terrenos de acción de cada bando estarían más definidos, la Corriente se negará a cualquier cooperación con la dirigencia y ante la cerrazón que experimentará dentro del partido con sus sectores, que no con sus bases, comenzará un trabajo de construcción de alianzas hacia el exterior del PRI.

Luego de la Asamblea, no sólo se transforma la acción de la Corriente, sino el eje de sus demandas y su imagen como movimiento. Cárdenas comienza a personificarlo gracias a que por un lado es blanco de ataques por parte de la dirigencia partidaria y de la élite gubernamental⁵² y a que por ello comienza a ser objeto de solidaridad y admiración de cientos de priistas que acuden a escucharlo en las giras que desarrolla durante los meses de marzo y abril del 87 por todo el país.

Su papel comienza a resultar fundamental por una postura política que le diferenció incluso de otros personajes de la Corriente: su convicción de que el alcance de la Corriente lo determinarían las bases de partido, dándole a la discusión político-ideológica en la que se situaba aquella un horizonte que trascendía las definiciones y acuerdos entre políticos notables.

Al tiempo que por un lado es objeto de las críticas de la dirigencia partidaria y gubernamental y por otro lado personifica la integridad de los principios partidarios, por lo cual recibe la solidaridad y admiración de las bases priístas, de fuerzas de oposición y de

ciudadanos en general, Cárdenas empieza a desempeñar un nuevo papel en la Corriente: de un dirigente pasa a ser un líder.

Este liderazgo está en principio limitado al espacio partidario, pero conforme Cuauhtémoc Cárdenas comienza a constituirse en un negociador fundamental de las alianzas con fuerzas sociales y políticas fuera del PRI, su figura va cobrando un carácter más amplio, es decir, trasciende el espacio del partido.

Este tránsito se llevará a cabo desde el tiempo en que Cuauhtémoc Cárdenas es postulado por la Corriente Democrática como su precandidato para contender por el PRI para la presidencia de la república (julio de 1987), hasta que la Corriente decide separarse del PRI (noviembre de 1987).

Si la candidatura de Cárdenas se mantuvo dentro del PRI hasta que se dio la designación del Carlos Salinas de Gortari como candidato del partido oficial, fue porque la Corriente buscó desde un principio influir en la sucesión con la candidatura de Cárdenas, buscando que la decisión unipersonal que ejerce el presidente de la República en turno, se encontrara con un amplio frente de fuerzas pronacionalistas (básicamente, aunque no sólo del interior del partido) que hicieran que la decisión misma recayera en algún miembro de este amplio espectro.

A pesar de que la demanda de la Corriente de abrir, *por lo menos*, la sucesión al registro de precandidatos,⁵³ fue cumplida sólo en la forma,⁵⁴ no fue sino hasta después de que la designación recayó en Salinas de Gortari cuando la Corriente decide salirse del PRI. Al respecto son verdaderamente elocuentes las primeras reacciones de Porfirio Muñoz Ledo ante la designación de Salinas de Gortari: “se pretende una reelección disfrazada que perpetúe el ejercicio del poder en una camarilla contrarrevolucionaria”.⁵⁵

Con la salida de Cárdenas y la Corriente Democrática del PRI comienza un proceso de acercamiento abierto con fuerzas de oposición para postular a Cárdenas como candidato a la presidencia de la república.

La personificación del movimiento de la Corriente Democrática por la figura de Cuauhtémoc Cárdenas permite comenzar a gestar un nuevo movimiento basado en objetivos que rebasan a los que inicialmente postuló la Corriente. Como vimos al principio, la Corriente tuvo como motivos iniciales de acción, la lucha:

- a) Contra el grupo neoliberal que había marginado a amplios cuadros partidarios de las decisiones fundamentales del país;
- b) contra el proyecto neoliberal para enfrentar la crisis y desarrollar el país, y
- c) por incidir decisivamente en el proceso de sucesión presidencial, a través de la recuperación del espacio partidario.

A partir de la búsqueda de alianzas fuera del PRI, la Corriente transformó estos móviles por otros que le permitieran tener continuidad y al mismo tiempo apertura a nuevos aliados. De esta forma, el discurso se vuelve más claro y directo en referencia a la responsabilidad que la Corriente atribuye a los tecnócratas por la situación del país y se centra en la construcción de una alianza extra partido por un proyecto nacional alternativo, esto sin que el discurso por la democracia partidaria desapareciera.

A partir de su salida del PRI, la figura de Cárdenas comienza a experimentar un paulatino fortalecimiento: se constituye en el eje fundamental de la alianza de un nuevo movimiento que posteriormente se conocería como neocardenismo. Esto fue así, dado que:

- a) De ser inicialmente el negociador directo de las alianzas de la Corriente, cuando ésta se encontraba aun dentro del PRI, Cárdenas pasó a

ser el eje mismo de las alianzas cuando se escindieron del partido.

- b) Las alianzas se establecen no sólo en torno a un programa o proyecto de nación, sino fundamentalmente en torno a su candidatura: grupos, partidos y organizaciones antes que sumarse al proyecto se suman a él.
- c) A nivel de dirigencias partidarias, su liderazgo comienza a influir en la conformación de las candidaturas para senadores y diputados apoyadas por varios partidos.
- d) La figura de Cárdenas generaría adhesiones a su candidatura por parte de la ciudadanía al margen de grupos, organizaciones y partidos.

Este liderazgo tan fuerte y central para la vida política del México de fin de siglo, encontró momentos de definición fundamentales en ese momento fundacional que antecedió a la formación del Partido de la Revolución Democrática. De hecho, se puede afirmar que el movimiento que se dio desde entonces, no hubiera tenido la profundidad y trascendencia que tuvo de no ser encabezado por Cuauhtémoc Cárdenas.

NOTAS

¹ Intervención del licenciado Carlos Sansores Pérez, representante del Partido Revolucionario Institucional en la Tercera Audiencia Pública, 12 de mayo de 1977, pp. 81-86, en *Reforma Política*, Gaceta Informativa de la Comisión Federal Electoral, vol. 1 México, abril-agosto de 1977. Citado por Rafael Loyola y Samuel León en "El Partido Revolucionario Institucional: los intentos del cambio", en Alberto Aziz, Jorge Alonso y Jaime Tamayo (coords.), *El nuevo Estado mexicano*, vol. 2 Estado y Política, Nueva Imagen- Universidad de Guadalajara-CIESAS, México, 1992, p. 54.

² *Idem*.

³ Ignacio Marván, "La dificultad del cambio político (1968-1970)", en *El partido en el poder. Seis Ensayos*, *El Día*, México, 1990, p. 273, citado por Loyola, Rafael y Samuel León, *op. cit.*, p. 57

⁴ Guadalupe Pacheco, "PRI: reformas y democracia", en *Política*, núm. 85, pp. 5-6, suplemento de *El Nacional*, 20 de diciembre de 1990.

⁵ En aquellos momentos se discutía arduamente la orientación económica que se estaba adoptando en el seno del gobierno y las disputas que éstas generaban en la propia alianza gubernamental. Véase por ejemplo "Los monetaristas dominan la política económica", en *Proceso*, núm. 72, marzo de 1978.

⁶ *Ibidem*, p. 194.

⁷ *Ibidem*, p. 195.

⁸ José María Calderón, "La ruptura del colaboracionismo de clases y las perspectivas de la democracia", en Esthela Gutiérrez *et al.*, *Testimonios de la crisis Siglo XXI*, 1988, p. 95.

⁹ *Idem*.

¹⁰ Arnaldo Córdova; "Las reformas sociales y la tecnocratización del Estado mexicano", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, año XVIII, núm. 70, nueva época, octubre-diciembre de 1972, p. 70.

¹¹ En los tecnócratas anteriores a los ochenta hay también esa pretensión de presentarse bajo una forma de hacer las cosas diferentes a la de los políticos; al respecto Arnaldo Córdova señala que el pensamiento tecnocrático "fue durante mucho tiempo y lo sigue siendo en muchos círculos. reacio a fundar sus argumentos y sus puntos de vista en consideraciones de naturaleza *social o moral*... la tendencia general fue justificar sus propuestas de reforma como medidas que se derivan «objetivamente» del análisis frío y desinteresado de los hechos en ausencia de juicios de valor, moralistas o políticos", *op. cit.*, pp. 70-71.

¹² Un análisis de esta claudicación de los principios del nacionalismo revolucionario durante la primera mitad de los ochenta se encuentra en Roger Bartra, *La democracia ausente*, Grijalbo, México, 1986.

¹³ Roger Bartra, "Nacionalismo revolucionario y seguridad nacional en México", en Sergio Aguayo Quezada, y Bruce Michael Bagley (comps.), *En busca de la seguridad perdida. Aproximaciones a la seguridad nacional mexicana*, Siglo XXI, México, 1990, p. 151.

¹⁴ Vid. Adolfo Gilly, *Nuestra caída en la modernidad*, Jean Boldo i Clementi, México, 1988, p. 30.

¹⁵ *Ibidem*, p. 21

¹⁶ José María Calderón, *op. cit.*, p. 112.

- ¹⁷Por ejemplo, en la Asamblea de Barrios, organización que apoyó la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas, un 75 por ciento de la gente provenía de alguna de las formas corporativas del PRI, como las asociaciones de comerciantes, inquilinos, obreros, empleados, etcétera, según su dirigente Marco Rascón. Más aún, ese porcentaje de ex priistas que estaban dentro de Asamblea de Barrios para la elección de 1988, recibió de parte del PRI-DF su nombramiento como representante de casilla, lo cual muestra que las organizaciones a las que ellos habían pertenecido no se encontraban al tanto de su defección. Véase “Una nueva cultura para el movimiento urbano popular. Entrevista con Marco Rascón”, en *Punto Crítico*, núm. 164, julio de 1989, p. 74.
- ¹⁸*Las razones y las obras. Crónica del sexenio 1982-1988, segundo año*, Presidencia de la República, Unidad de Crónica Presidencial, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 564. Citado por Loyola, Rafael y Samuel León, *op. cit.*
- ¹⁹Rafael Loyola y Samuel León, *op. cit.*, pp. 62-63.
- ²⁰*Las razones y las obras. Crónica del sexenio 1982-1988, primer año*, Presidencia de la República, Unidad de Crónica Presidencial, Fondo de Cultura Económica, México, 1985, p. 113. Citado por Rafael Loyola y Samuel León, *op. cit.*, p. 61.
- ²¹Sergio Zermeño y Aurelio Cuevas (coords.), *Movimientos Sociales en México durante la década de los ochenta*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades-UNAM, México, 1990, p. 13.
- ²²*Cfr.* “La Corriente Democrática: de la legitimidad y de alianzas (junio de 1985 a julio de 1987)”, en *Estudios Políticos*, nueva época, octubre-diciembre de 1987. En este artículo, la autora es presentada como “relatora e historiadora de la Corriente Democrática desde su formación”, lo cual es evidente dado que maneja información de primera mano que sólo los protagonistas pudieron haberse la proporcionado en su momento. Esta particular situación de la investigadora hace que muchos de los testimonios e información de fuentes primarias (“cuya revelación pública –nos dicen los editores de la revista– no es aún oportuna”) sean asumidos de manera poco crítica, lo cual demerita en análisis, pero gana, para los consultores de sus artículos, en que deja traslucir en mucho las motivaciones de los propios actores. Al ser uno de los pocos estudios que reconstruye con fuentes primarias la evolución de la Corriente, es útil en la medida en que sean sopesados los juicios de valor que la autora incorpora a lo largo del texto.
- ²³*Ibidem*, p. 26.
- ²⁴Luis Javier Garrido, *La ruptura. La Corriente Democrática del PRI*, Grijalbo, 1993, cap. 1 “La discrepancia”.
- ²⁵María Xelhuantzi López, “La Corriente Democrática: de la legitimidad...”. Las cursivas son mías.
- ²⁶Luis Javier Garrido, *op. cit.*, p. 14. Las cursivas son mías.
- ²⁷*Ibidem*, p. 24.
- ²⁸Juan Pablo González Sandoval, “La emergencia del neocardenismo”, en Jorge Barrera Graft (coord.), *La elección de 1988*, Instituto Mexicano de Estudios Políticos, 1988.
- ²⁹Entre los convocantes se encontraban José Carreño Carlón, Miguel Ángel Granados Chapa y Heriberto Galindo. Véase el artículo del primero de ellos en *Punto* núm. 186, mayo de 1986. También Carlos Lugo Chávez, *Neocardenismo: de la renovación política a la ruptura partidista*, Instituto de Proposiciones Estratégicas, México, 1989, pp. 3-5.
- ³⁰María X. López, “La Corriente Democrática o la defensa de México”, en Jorge Laso de la Vega, *La Corriente Democrática: hablan los protagonistas*. Grijalbo, México, 1987, pp. 223-224. Aquí tal vez la autora exagera al afirmar que la inmediata consecuencia de la deserción de algunos cuadros se traduce en la transformación de un movimiento de dirigentes en un movimiento de bases, para lo cual, en mi opinión aun faltaba desarrollar una serie de acciones con la militancia, como se verá más adelante.
- ³¹*Unomásuno*, 14 de agosto de 1986.
- ³²*Unomásuno*, 16 de agosto de 1986.
- ³³*Excélsior*, 30 de agosto de 1986.
- ³⁴*Unomásuno* 22 de agosto de 1986.
- ³⁵Juan Pablo González Sandoval, *op. cit.*
- ³⁶Nombre original de la Corriente Democrática, de acuerdo con Jorge Laso de la Vega, *op. cit.*, p. 255.
- ³⁷Documento de Trabajo Número Uno, en Laso de la Vega, *op. cit.*, p. 257, Las cursivas son mías.
- ³⁸*Ibidem*, p. 258. Las cursivas son mías.
- ³⁹*Ibidem*, p. 259.
- ⁴⁰*Ibidem*, p. 260.
- ⁴¹*Idem*.
- ⁴²Luis Javier Garrido, *op. cit.*, p. 25.
- ⁴³Al respecto Sergio Zermeño señala atinadamente que “disponiendo el Estado mexicano de mecanis-

mos históricamente tan acendrados [represión-descazamiento del liderazgo radical-cooptación del ala moderada (reconciliación)-solución de (algunas) demandas], llama la atención que el neocardenismo haya crecido tanto, al punto de volver la reconciliación una maniobra sumamente compleja". Esta atrofia de los mecanismos que Zermeño llama "buropolitización", se debió en su opinión a que "la tecnocracia que ascendió al poder... fue incapaz de compartir el poder con los liderazgos surgidos con la crisis ... y al no querer gastar los pocos recursos en una labor de apertura y cooptación, prefirió cerrar drásticamente el acceso al Estado con el pretexto de la jibarización estatal". Sergio Zermeño, "El regreso del líder: crisis neoliberalismo y desorden", en *Revista Mexicana de Sociología*, año 11, núm.4, 1989, p. 136.

⁴⁴ María X. López, *op. cit.*, p. 234.

⁴⁵ *Cfr.* Jorge Laso de la Vega, *op. cit.*, p. 262.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 267.

⁴⁷ *Ibidem*, pp. 268-269.

⁴⁸ Cuauhtémoc Cárdenas, "El liderazgo del PRI ante los retos del México contemporáneo", en *Estudios Políticos*, nueva época, octubre-diciembre de 1987, p. 52.

⁴⁹ *Idem*.

⁵⁰ Mencionado en Carlos Lugo Chávez, *op. cit.*, p. 9.

⁵¹ *Ibidem*, p. 10.

⁵² El Presidente Miguel de la Madrid, el 23 de marzo, durante un homenaje a Lázaro Cárdenas, dijo en Michoacán que "en política no se puede vivir de prestado de la historia y cada generación tiene su propia responsabilidad... Cárdenas supo entender su tiempo y conforme a él actuó". Citado por Carlos Lugo Chávez, *op. cit.*, p. 14.

⁵³ Porfirio Muñoz Ledo afirmaba en julio de 1987: "Claro que si la apertura democrática no fuera perfecta en esta ocasión, no fuera satisfactoria, con que hubiera un avance sensible y franco como la presentación de los precandidatos de varios aspirantes en una convención democrática, esto, sería el inicio de un cambio verdaderamente profundo en la vida política del país." Entrevista en Jorge Laso de la Vega, *op. cit.*, pp. 36-37.

⁵⁴ En el mes de agosto el CEN del PRI invitó a seis distinguidos priistas presidenciables (entre los cuales no estaba Cárdenas) a exponer sus proyectos de país, para que "el partido" tuviera elementos suficientes para decidir sobre su candidato a la presidencia de la república.

⁵⁵ Mencionado por Carlos Lugo Chávez, *op. cit.*, p. 21.



Autorretrato